

# e d i t o r i a l



## Reinhart Koselleck

---

*Nuevos horizontes de innovación intelectual:  
el devenir histórico de los conceptos y el sentido  
de sus diversas culturas políticas.*

*Un proyecto de investigación de la historia de los conceptos  
y su significado en el conjunto de las ciencias sociales.*

*La pluralidad de historias frente a un saber único y absoluto.*

*La diferenciación socio-política y cultural implícita  
en la historia conceptual*

■ Para quienes, como muchos de nosotros, hemos adquirido unas capacidades aptas para desenvolvernosen la llamada *Era de la Información*, pudiera resultar inquietante y hasta descorazonador descubrir que las mismas han pasado a un segundo plano, cediendo su lugar a otras, propias de una nueva era en la que ya hemos entrado y que se ha dado en llamar *Era conceptual*. [...]

El futuro pertenece a un tipo diferente de personas con un tipo muy distinto de mentalidad —creadores y empatizadores, reconocedores de patrones y dadores de sentido. Esta gente —artistas, inventores, diseñadores, narradores, cuidadores, consoladores, pensadores con visión global— son quienes van a cosechar las recompensas más generosas de la sociedad y compartir sus mayores gozos. [...]

Estamos pasando de una economía y una sociedad basadas en las capacidades lógicas, lineales, computacionales propias de la *Era de la Información* a una economía y una sociedad basadas en capacidades como la creatividad, la empatía o la visión global. Estamos entrando en la *Era Conceptual*. [...]

*Una mente nueva es de por sí concepto elevado y toque elevado.* [...]

Parece que está cada vez más claro el advenimiento de la Era Conceptual y que quienes quieran sobrevivir en ella deberán dominar las destrezas de concepto elevado y toque elevado que se describen en este libro. Esta situación tiene un componente prometedor y otro de peligro. La promesa es que los empleos de la Era Conceptual serán extraordinariamente democráticos. No será necesario que diseñes el próximo teléfono móvil ni que descubras una nueva fuente de energía renovable. Habrá cantidad de trabajo no sólo para los inventores, artistas y emprendedores, sino también para una serie de profesionales imaginativos, emocionalmente inteligentes y de cerebro derecho, de asesores a terapeutas masajistas, pasando por profesores, estilistas y vendedores con talento [Daniel H. Pink, *Una nueva mente. Una fórmula infalible para triunfar en el mundo que se avecina*, Eds. Kantolla, Barcelona, 2007].

El topos *Historia Magistra* perdió su evidencia en el siglo XIX tras la Revolución Francesa, porque la historia entera fue concebida crecientemente como única [...] Éste es también el axioma del llamado historicismo. Cada época está relacionada directamente con Dios, por consiguiente, es siempre única. Y tal unicidad... impide aprender algo de un caso anterior por ser único. En realidad, esta teoría de la unicidad del historicismo es un resultado de la sociedad acelerada revolucionaria e industrial que suprimió el Estado estamental y dio lugar al Estado igualitario de la democracia analizado por Tocqueville. Pero cuanto más aumenta la unicidad en el horizonte de la industrialización moderna, tanto mejor se demuestra que las condiciones que han posibilitado esas unicidades se repiten fuertemente. Y en ese sentido se le hace justicia a la *Historia Magistra Vitae* en un plano teórico diferente. No podemos predecir los detalles, no sabemos qué hará en el futuro el presidente Bush. Pero conocemos el marco de las condiciones dentro del cual, por ejemplo, los americanos combatirán desde ahora el terrorismo. Luego las categorías con las que trabajan los americanos para sus diagnósticos albergan naturalmente elementos repetitivos de su entera cosmovisión política, que sin duda, bajo el aspecto de la libertad democrática, es modélica, pero con secuelas y cargas que repercuten de una manera menos modélica en otras zonas del globo.

Lo que distingue a la modernidad es, compendiado en un solo concepto, una aceleración que no está contenida en las condiciones... naturales de la humanidad. Y la diferencia fundamental entre la historia desde el siglo XVIII y las historias precedentes es que las mismas condiciones estructurales cambian más rápidamente de lo que antes era posible. Esto empieza con la fuerza motriz del vapor y continúa después con los aceleradores químicos, electrónicos y atómicos que han transformado por completo toda la red de comunicaciones, todo el sistema de transmisión de información, y lo han hecho de tal manera que hoy se puede viajar alrededor del globo (no sólo utópica, sino realmente) en veinticuatro horas; y que los acontecimientos de cualquier punto del globo están incluidos simultáneamente en los noticiarios de todos los receptores. Lo cual significa que cabe reconocer una ley, delinear una regularidad, que, por lo demás, ya formuló Henry Adams en América en el año 1904: «The Law of Acceleration». Ella se basa en que los aceleradores técnicos han cambiado la estructura de la sociedad entera y las potencias económicas, así como la estructura de la decisión política. Esto implica que ya no sirve estar a la espera de decisiones que nos incumben, sino que deben pensarse de antemano a fin de ser capaces de actuar. Tenemos que intervenir con mayor celeridad e igualmente, en virtud de las posibilidades de repetición, pensar anticipadamente y a largo plazo para poder obrar en la actualidad. Los acontecimientos y las noticias sobre ellos convergen visiblemente. Lo acabamos de vivir ahora de nuevo con el ataque terrorista a Nueva York: el acontecimiento y las imágenes que hemos contemplado fueron sincrónicos. Es decir, ya no hay diferencia entre los acontecimientos, por un lado, y su presentación e interpretación políticas, por otro, sino que éstas deben ser pensadas teóricamente por anticipado para poder influir en aquéllos. En ese sentido toda la estructura de la acción ha sido alterada por la aceleración de los sistemas de comunicaciones y de la transmisión de información, y lo mismo vale en el terreno militar. Pensar por adelantado presupone, no obstante, un mínimo de estructuras de repetición; de lo contrario, no sería posible anticipar nada en absoluto. Esto es, lo que ahora debe ser pensado por adelantado es la anticipación de posibles repeticiones para ganar en general influencia sobre lo que pasa.

En suma, *Historia Magistra Vitae*, sí, pero no en el sentido de la repetición de acontecimientos particulares, sino en el sentido de una ciencia del pronóstico que mida los márgenes de posibilidad de acontecimientos [«Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», en *Isegoría. Revista de Filosofía moral y política*, 29 (2003), Madrid].

Tal vez nos sintamos constreñidos en el futuro a dirigir los esfuerzos de la humanidad más bien hacia los factores de estabilización y a los condicionamientos naturales de nuestra existencia terrestre. Podría entonces resultar que la aceleración registrada hasta hoy sea sólo el indicio de una fase de transición, tras la cual habrá que proceder a una nueva distribución de las respectivas cuotas entre duración y supervivencia, entre cambio y transformación. En términos políticos, lo importante es saber quién acelera o retarda a quién o qué, dónde y cuándo. [...]

«¿Se puede conocer lo pasado si ni siquiera se entiende lo presente? ¿Y quién quiere tomar conceptos correctos de lo presente sin saber lo futuro? Lo futuro determina lo presente y éste lo pasado». Estas palabras proceden de Johann Georg Hamann. Para cualquier lector que interprete metafóricamente el tiempo como una línea que partiendo del pasado

conduce, a través del punto imaginario del presente, al futuro abierto, esta constatación de Hamann es insensata. Para el historiador del espíritu enseguida es evidente que las palabras de Hamann se nutren de la expectativa soteriológica que, accesible mediante la revelación, pone a nuestra disposición un saber del futuro que concierna a cada uno personalmente, pero también a la historia universal en su conjunto. El historiador político o el social, que se ocupa profesionalmente de lo pretérito y pregunta al pasado por cadenas causales que conducen al presente, deja de lado metódicamente el futuro. Por doquier concederá, por motivos epistemológicos o psicológicos, que las propias expectativas pueden influir en los planteamientos que le sirven de estímulo para el denominado interés cognoscitivo. Después de todo, tolerará un poco de futuro, sin ver menoscabada su cualificación profesional. Más solicitados están hoy los campos científicos especializados de la politología, la economía y la sociología, en la medida en que sus estimaciones se refieren no a casos particulares, sino a estructuras, para derivar a partir de ellas tendencias futuras. [...]

El estatuto de lo futuro no se corresponde entonces plenamente con el estatuto de lo pasado. Lo pasado está contenido en nuestra experiencia y es verificable empíricamente. Lo futuro escapa por principio a nuestra experiencia y, en consecuencia, no es verificable empíricamente. Sin embargo, hay predicciones que, con mayor o menor plausibilidad, pueden ser transpuestas de la experiencia a la expectativa. [...]

¿Qué prevé el hombre? ¿Qué puede prever? ¿La realidad venidera o sólo posibilidades? ¿Una posibilidad, varias o muchas? ¿Está dicha previsión guiada por el temor o por la razón o, para expresarnos como Hobbes, por ambos a la vez? ¿Está dirigida por la creencia en una profecía o asegurada por el recurso a una necesidad fundada en la filosofía de la historia o alimentada de crítica y escepticismo? ¿Está vinculada a presagios de carácter mántico o mágico o a un sistema sígnico de interpretaciones históricas o a ensayos de análisis científicos? [...]

Los pronósticos son sólo posibles porque hay estructuras formales en la historia que se repiten, aun cuando su contenido concreto sea en cada caso único y sorprendente para los afectados. Sin constantes de diversa duración en el haz de factores de los acontecimientos venideros sería imposible predecir en general algo. [...]

El concepto de revolución es un concepto de la teoría de la historia que podemos calificar de verdaderamente paradigmático y aclaratorio de la alternancia entre singularidad y repetición. Ciertamente, cada revolución que tiene lugar es para los concernidos única, devastadora o fuente de una dicha esperada. [...]

Respecto a las conclusiones extraídas del pasado con miras a su aplicación al futuro, basadas en una repetibilidad estructural, mencionaremos tres ejemplos que anunciaron con creciente concreción la dictadura de Napoleón. [...]

La pregunta por cómo se interrelacionan los plazos cortos, medios y largos, constriñe a los sociólogos a formular pronósticos, lo quieran o no. Desde una perspectiva histórica permítaseme todavía un epílogo: la seguridad del pronóstico aumentaría necesariamente de nuevo si se lograra insertar en el futuro más efectos dilatorios, cuya previsibilidad será mayor tan pronto como las condiciones generales económicas e institucionales de nuestro obrar sean cada vez más estables. Pero esto representa presumiblemente sólo una utopía que no es deducible de la historia precedente [Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización*, Pre-Textos, Valencia, 2003].

Se tematiza el cambio del caballo a la locomotora, el «caballo gigante», o bien, con un giro no metafórico: la aceleración. [...]

Ella suprime no sólo el tiempo histórico, rodeando el globo a una velocidad tal que corriendo en contra del giro de la Tierra puede alcanzar incluso el pasado. «He robado al tiempo su secreto, / volviéndolo hacia atrás de ayer de ayer». Así, el caballero de la locomotora se hace testigo de su propio nacimiento, interrumpe los amoríos que el abuelo como novio tiene con su novia y es rechazado con mal humor; ahora quiere entregar a Napoleón los saludos de la posteridad en Santa Elena, luego visitarlo en 1804 para prevenirle contra la coronación de emperador: «¡Ojalá se atenga a la advertencia!», añade el bonapartista crítico, que Chamisó también era. [...]

El desafío constante sigue siendo el aumento de velocidad, que había provocado un verdadero choque. Lo que antes hacían el caballo, el viento o el agua, lo realiza ahora la máquina. Sin embargo, la transición del tiempo de transporte asociado con la naturaleza

hacia el tiempo hecho técnicamente disponible era difícil de describir. En este sentido, se ofrecían metáforas tomadas inicialmente de la naturaleza: animales exóticos o figuras míticas que se asociaban con la locomotora. Se recurre al rinoceronte, al dragón, al elefante, al coloso, al gigante para señalar aquello en que la locomotora supera, pues, al caballo. [...]

La aceleración registrada en tiempos de crisis de la vida constitucional política. [...]

La aceleración derivada de los avances técnico-industriales, que puede ser registrada como experiencia de un tiempo nuevo, en oposición al pasado. Naturalmente, ambos tipos de aceleración —que en términos de la teoría del tiempo son estrictamente distinguibles— se mezclan y se refuerzan en el lenguaje cotidiano y pueden contribuir a alimentar con argumentos una doctrina de crisis de la modernidad en términos de historia general. [...]

Como primer resultado provisional podemos registrar, pues, que sí existen aceleraciones, pero no *de* la historia sino sólo *dentro de* ella, dependiendo del estrato de experiencia, sea éste determinado primordialmente de manera política o de manera técnica y económica. Difícilmente puede pensarse la «historia misma» o «la historia en sí y para sí» como sujeto de acción que pudiera actuar aceleradamente. Pues esta historia en sí y para sí contiene en sí misma todas las pautas con las que tendría que medirse si ella se está acelerando o retardando. El concepto de una historia que representa al mismo tiempo su propio sujeto y objeto —concepto que hace abstracción de las historias empíricas—, es decir, de una historia que encierra la condición de todas las historias posibles: este concepto, que no fue desarrollado sino en el siglo XVIII, no admite establecer pautas fuera de sí mismo que pudieran indicar o incluso comprobar con cálculos una aceleración «de la historia». [...]

El núcleo sólido empírico del cual se partió inicialmente eran los descubrimientos e inventos de la naciente ciencia de la naturaleza. Como tendencia general podemos constatar respecto del lapso entre el siglo XVI y el XIX: las esperanzas y expectativas que se asociaban a la historia de los inventos y descubrimientos y que originalmente eran estimulados por el cristianismo y enriquecidos utópicamente, fueron alcanzadas cada vez más por las proposiciones empíricas de las ciencias naturales.

El acortamiento del tiempo que antes estableció desde afuera un final más temprano a la historia, se convierte ahora en una aceleración de sectores empíricos determinables, la cual se registra dentro de la historia misma. Lo nuevo de ello es que ahora el final no llega más pronto sino que, comparados con los progresos lentos de los siglos pasados, los actuales ocurren cada vez más rápido. El *telos* de dominar la naturaleza y de organizar la sociedad de manera más justa se convirtió en una determinación de meta flexible, y cualquier intención que se adelantaba pudo interpretarse gustosamente como progreso demorado [R. Koselleck, «¿Existe una aceleración de la historia?», en J. Beriain y M. Aguiluz (editores), *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Anthropos Editorial, Barcelona, 2007].

Hoy ya no cabe deducir inmediatamente enseñanzas históricas de la Historia, sino sólo por mediación de una teoría de historias posibles. Así, el trabajo se mueve en un determinado nivel de abstracción; intenta poner de relieve procesos de larga duración de la *temprana* «Edad Moderna».

Una vez que se ha logrado mostrar estructuras de una época histórica en su comprensión antropológica, comprensión que es deducible de los casos singulares y concretos, los resultados pueden, evidentemente, constituir hallazgos ejemplares, hallazgos que también son aplicables a nuestro presente. Pues a pesar de su singularidad, una época pasada —interrogada a tenor de su estructura— puede contener momentos de valor permanente, que aún llegan hasta nosotros.

La siguiente investigación se fija en tales estructuras, en especial en las inmanentes al período temporal sobre el que se extienden, de las guerras de religión a la Revolución Francesa.

Lo cuestionado es, ante todo, la problemática de la Ilustración moderna y de la emancipación surgida de aquélla. Su problemática consiste en alcanzar un límite que sólo cabe traspasar razonablemente si se reconoce como límite político. Donde el límite se desconoce como político, la Ilustración se coagula en una utopía que, dándole aparentemente alas, provoca contramovimientos que escapan al control de la Ilustración, por cuanto ha renunciado a comprender la heterogonía de los fines. [...]

En las últimas décadas, la situación de la política exterior en nuestro planeta se ha modificado por obra del auge de China y la emancipación del Tercer Mundo. De ahí que la

cuestión que dio origen a la presente investigación no haya experimentado cambio alguno, por cuanto que de antemano se propuso obtener información sobre la raíz de las constricciones antitéticas. Es obvio que la singularidad de nuestra situación es cada vez más evidente. Mientras que, en la época de la política absolutista y nacional-estatal, la guerra quiso, y hasta con empeño, entenderse cada vez más como proceso de descarga frente a la amenaza de guerra civil, hoy estamos ante una inversión fatal de ese proceso. Bajo la amenaza de una mutua aniquilación atómica, las potencias mundiales han separado de sus zonas de interés regiones periféricas en las que —bajo la apariencia de una descarga mutua— se delimitan, y así deben legitimarse, las guerras civiles. Un anillo en constante desplazamiento de miseria, sangre y terror se ha instalado en torno al planeta. La contraposición a esta guerra civil ya no es el antiguo Estado, sino, en primera instancia, el planeta entero, cuyas nuevas historias sólo se dibujan en el futuro. [...]

La posición del problema ha sido delimitada y precisada históricamente del siguiente modo: no se interrogará por el contenido de las Filosofías de la historia imperantes a la sazón, ni por sus metas utópicas, ni tampoco por su estructura ideológica —medida, por ejemplo, según el auge económico de la burguesía de la época—, sino que habrá de comprenderse la conciencia filosófico-histórica desde la situación política de la burguesía en el interior del Estado absolutista, con objeto de elucidar su conexión originaria con el comienzo de la crisis política. Así, pues, se dejan a un lado —con escasas excepciones ejemplificadoras— las Filosofías de la historia en cuanto tales, investigando a cambio la función política que desempeñó el pensamiento y las aspiraciones de la burguesía en el seno del Estado absolutista. Con objeto de poner en evidencia la significación política de la Ilustración, es preciso interrogarse por la estructura de dicho Estado absolutista porque él fue la primera víctima de la gran revolución, víctima a través de cuyo desplome pudo desplegarse el mundo utópico moderno. Para una comprensión preliminar del absolutismo es preciso retrotraernos hasta el siglo XVII, en el cual halló su más alta y completa expresión el Estado principesco soberano. Este retroceso de ninguna manera debe construir encadenamiento causal alguno, bajo cuya sugestión se emprenda una irremediable tarea de remonte del tiempo, hasta llegar a la prehistoria y a la problemática de cualquier origen; dicho en breve, hasta las preguntas propias de *la* Filosofía de la historia que más allá de la ideología, y apelando a la realidad histórica, despeja para la ciencia de la Historia un ámbito que excluye, precisamente, las pseudoexplicaciones de un *regressus in infinitum*. Porque una regresión histórica de esta clase no sería sino un progreso encaminado en sentido regresivo, que lo que, precisamente, se trata de poner en tela de juicio. [...]

La autoconciencia filosófico-histórica de los hombres de la Ilustración recibe su sentido político —quíeranlo o no— en cuanto respuesta a la política absolutista. El Estado, tal y como era a la sazón, requería una respuesta, como a la postre acabó siendo encontrada. Así, pues, se renuncia conscientemente a las derivaciones de carácter histórico-espiritual. El caudal de ideas heredado de los siglos precedentes, que estaba ya casi íntegramente a disposición de los ilustrados, sólo fue aceptado en una determinada situación, y expuesto en ésta —lo que constituye la novedad específica del hecho— de modo filosófico-histórico. Mediante la limitación de la investigación a las situaciones históricas no se pretende, por supuesto, presentar una especie de ajuste de cuentas moral ante los ojos de los hombres de aquel momento, ajuste de cuentas que les impute una mayor o menor culpa. Este procedimiento es del todo inadmisibles, porque el hombre, en cuanto ser histórico, es siempre responsable, tanto por lo querido como por lo no querido, y aun por esto último, quizás, con más frecuencia, y en mayor medida, que por lo primero. [...]

El burgués, carente de poder político en cuanto súbdito de un señor soberano, se comprendía a sí mismo como sujeto moral, sentía la dominación existente como prepotente, condenándola proporcionalmente como inmoral, por cuanto que no podía percibir ya lo que posee evidencia en el horizonte de la finitud humana. Mediante la escisión entre moral y política, la moral tiene que enajenarse de la realidad política. Este hecho se expresa en que la moral salta por encima de la aporía de lo político. La moral, que no puede integrar en su seno a la política, tiene que hacer de la necesidad virtud, precisamente porque se alza sobre el vacío. Ajena a la realidad, avizora en el ámbito de lo político una determinación heterónoma que no hace sino cortarle su propio y legítimo camino. Como consecuencia de ello, esta moral piensa que puede borrar del mundo totalmente la aporía de lo político en la misma medida en que llega a la cima de su determinación. Los ilustrados no comprenden que la política es

el destino, y no precisamente en el sentido de una fatalidad ciega. Su intento encaminado a negar la facticidad histórica mediante la Filosofía de la historia, y a *reprimir* lo político, posee originariamente un carácter utópico. La crisis puesta en marcha mediante el encausamiento que la moral entabla contra la historia permanece viva tanto tiempo cuanto la historia es alienada filosófico-históricamente. [...]

Desde el siglo XIX, la variedad de significados de nuestro concepto se ha enriquecido enormemente desde un punto de vista cuantitativo, en tanto que ha ganado poco en claridad o precisión. *Crisis* sigue siendo un término de uso común, que sólo se aplica con rigor categorial en ciertos contextos científicos. Pero incluso para la Economía Política lo impugna Schumpeter, ya que él, en su análisis de los ciclos coyunturales, no le atribuye «a la expresión *crisis* significado técnico alguno, sino únicamente a los conceptos de prosperidad y depresión». [...]

En todas las ciencias humanas y sociales, *crisis* aparece como un concepto clave; naturalmente en la Historia, a efectos de, con él, caracterizar épocas o estructuras. La Ciencia Política intenta operacionalizar el concepto y, por ejemplo, delimitarlo frente al de *conflicto*. De la Medicina, el concepto ha pasado a la Psicología y la Antropología, así como a la Etnología y la Sociología de la cultura. [...]

La antigua fuerza del concepto, la fuerza de establecer alternativas insuperables, rígidas y no intercambiables, se ha evaporado en la incertidumbre de las alternativas arbitrarias. Este mismo uso del término puede interpretarse así como síntoma de una *crisis* histórica imposible de determinar con exactitud. Tanto mayor es el desafío para las ciencias a calibrar con exactitud el concepto antes de aplicarlo terminológicamente [Reinhart Koselleck, *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Trotta, Madrid, 2007].

**R**einhart Koselleck, aparece en el horizonte del pensamiento filosófico e histórico, como una de las figuras más prominentes de la investigación actual y de su innovación metodológica, cuya aportación constituye uno de los proyectos más originales de nuestra contemporaneidad. Aparte discusiones y críticas, no cabe duda, que su obra ha contribuido extraordinariamente a impulsar una profunda renovación intelectual. Se le considera el gran teórico *de la historia conceptual*. Asimismo, fue también el creador del centro para la Investigación Interdisciplinar de la Universidad Bielefeld. Es de destacar su amplísima, detenida preparación académica y personal. Entre su múltiple producción intelectual suelen destacarse tres obras: *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués* (1959); *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (1979) y *Estratos del tiempo. Estudios sobre la histórica* (2000).

Fue galardonado con diferentes condecoraciones y premios. Con todo, lo más importante de su actividad intelectual es que la investigación iniciada por él se ha convertido para muchos en paradigma del estudio de las ciencias humanas y sociales. Ha tratado de explicar el concepto de historia desde los ángulos más diversos con el objeto de «reconstruir la historia viva». Y ha puesto siempre en cuestión ésta entendida como «saber con pretensiones de verdad». Bajo este aspecto una tesis ha iluminado su caminar investigativo: «hay que tener en cuenta que determinadas palabras significaron en otro tiempo cosas distintas de las que significan ahora. El tiempo va transformando cada concepto. Pero hay cosas, y ocurre con muchos términos políticos, que se transforman también porque cambian las condiciones sociales, cambia el mundo, cambian las ideas». En este sentido podemos entender el cambio como una variación en el tiempo de un concepto o bien, como mutación del contexto sociopolítico o cultural. Todo ello lo llevó a trabajar «en varios frentes» a la vez. Igualmente se interesó por investigar los iconos, las estatuas que constituyen una referencia material, con el fin de conservar viva la memoria de gentes de otras épocas. Con lo cual se logra una cierta democratización de la muerte. Se recuerda así «a los que ya no están». Pero, su tema de investigación, se centra más en los conceptos y en el significado de las palabras, en el devenir del tiempo. Dice muy sintéticamente, pero, a su vez, con enorme contundencia: «No hay que olvidar que además de que las propias palabras cambien, ellas mismas producen cambios».

El profesor Patxi Lanceros en una reciente nota necrológica dice lo siguiente al referirse a algunos aspectos de los más importantes de su tema investigativo. Le parece que su tarea profesional es «difícilmente encasillable en los habituales compartimentos académicos». Cierta-

mente, que se trata de un gran historiador; pero, especialmente de un extraordinario «teórico de la historia y del lenguaje... y de las estructuras sociales y políticas». Se enfrenta decidido y silencioso a las formas más diferentes y frecuentes de «narrar el pasado». Patxi Lanceros en el siguiente párrafo detalla muy bien su cometido: «La historia conceptual se propone como instrumento higiénico o terapéutico; no sólo interpreta, sino que pone obstáculos serios, al incorrecto traslado de expresiones y sentidos a través de los tiempos, sin contar con los tiempos y las experiencias que constituyen el tiempo. De ahí que Koselleck desarrolle una crítica de las interpretaciones y de los usos textuales que se basan en la presunción de continuidades interesadas de invariantes ideales». De este modo, entendemos que «la tarea de una semántica histórica, de una historia de los conceptos, es una de las aventuras intelectuales más exigentes».

Su empeño, pues, ha sido fundamental para el esclarecimiento de esta labor histórica. La «iconografía política» o sobre monumentos funerarios fue otra de sus aportaciones a la historia de los conceptos. En consecuencia, puede afirmar Patxi Lanceros con toda sencillez, pero brillantemente: «Sus investigaciones se centraron en conocer al hombre y su pasado a través de los conceptos».

De igual modo, Carlos Ortiz de Landázuri precisa que la «historia conceptual analiza la posibilidad irrenunciable de otorgar al progreso humano un sentido aun edificante» y, en consecuencia, «la ilustración acertó a localizar el auténtico sujeto del acontecer histórico».

En ese ámbito aparecieron «algunas nociones históricas fundamentales» tales como las de Estado-nación, progreso, regreso, emancipación, liberación, crisis o revolución... Y así «la historia conceptual se propone como una semántica y una pragmática del lenguaje político y social». Ambas historias y la cultural producen una dinámica interactiva. De ese modo, se puede conocer el hilo conductor de su evolución conceptual. «La historia conceptual remite [...] sus respectivos procesos de avance y retroceso, a unos ideales regulativos previos». Se enfrenta, pues, el autor en su investigación a «una teleología histórica en sí misma abierta y en permanente revisión crítica de sus respectivas formas institucionales de realización, tanto a nivel global como individual, incluyendo ahora también a la familia en sus diversas configuraciones jurídicas y sociales».

Finalmente le formula el autor al profesor Koselleck una crítica y abre, en tal sentido una serie de cuestiones. Con todo, sigue siendo el principal teórico de la *historia de los conceptos*.

Volvamos ahora a una mirada sucinta a los textos iniciales. Y en el primero encontramos una afirmación muy sencilla que muestra la importancia social y actual del tema: estamos en la *era conceptual*. La cual requiere de nuestra parte *una nueva mente* y otras habilidades diferentes de aquellas, que nos han valido *en la sociedad de la información*; las capacidades lógicas, lineales.

La situación actual nos exige las cualidades de creatividad, empatía y una visión integral de las cosas, es decir, nos encontramos en un medio intelectual que nombramos como *la era conceptual*. Y de este modo, una mente nueva supone un *concepto* y un *toque elevado*.

Hemos de entender, pues, que el primer nivel de creatividad y cambio se halla a nivel conceptual. Este es el entorno intelectual que percibe y en el que va a trabajar científicamente Reinhart Koselleck. Estamos, entonces, *en la era conceptual* y ésta consiste precisamente en fomentar *la creatividad* y desarrollar todas aquellas cualidades que jalonan nuestra intimidad silenciosa, esto es, hacen funcionar el lado derecho de nuestro cerebro. Todo ello supone escuchar el oráculo de Delfos: «Conócete a ti mismo y conocerás el universo». Esto es lo que definió García Márquez como «el alumbramiento continuo al que la vida nos obliga a nosotros mismos una y otra vez». Hoy debemos ensayar *otra forma de ver el mundo*, a partir del despertar y la emergencia de aquellas habilidades «que siempre han formado parte de lo que es el ser humano».

El segundo texto es parte de una conversación de Reinhart Koselleck con Carsten Dutt. Todo el diálogo versa sobre *Historia(s) e Histórica* publicada en la *Revista Isegoría* en las páginas 221-224. Se trata de una conversación intensa y muy clarificadora de las principales tesis y argumentos de R. Koselleck.

En esta conversación el primer tema que Dutt plantea se refiere a la crítica de la *filosofía de la historia*. Y al afirmar que la pluralidad de las historias es un problema típicamente de la modernidad, le alerta todavía más. Pero Dutt le insiste que lo importante es entender que «la

tarea central de la Historia... consiste en esclarecer “las condiciones de posibilidad de Historias”. Dutt continúa con su indagatoria: «A usted lo que le importa es desarrollar categorías que hagan comprensibles por qué pueden acontecer en general historias». Eso es lo que Koselleck ha llevado a cabo en las diferentes etapas de su investigación y docencia. La conversación discurre a continuación por las diferentes relaciones intelectuales que Koselleck mantiene con Gadamer. De todo ello se deducen algunas cosas de interés. Por ejemplo: «Ninguna fuente por sí misma puede explicar la historia». Otra afirmación interesante se refiere al tema del conflicto, a su naturaleza y prevalencia en la experiencia histórica y antropológica. Éste «nunca puede solucionarse definitivamente». «Ésta es la experiencia, —le dice Koselleck, que nos ha suministrado la historia entera». Pero, con todo, siempre está presente la dimensión moral en los campos político y económico. Y «la moral significa el control negativo de lo que ocurrió de hecho, pero lo que de hecho ocurrió nunca es *eo ipso* moral».

Dutt le plantea otras cuestiones en el transcurso de la conversación. Y le pregunta: «¿Cuál es la contribución de las categorías a la reconstrucción de historias particulares y de sus consecuencias, al conocimiento de su origen, de su desarrollo y de sus efectos?». A la par que estas cuestiones otras de sumo interés también discurren por el texto.

Dutt le pregunta por un famoso artículo en que Koselleck afirma que el *topos Historia Magistra Vitae* ha perdido valor en la era moderna. Ahora Koselleck matiza el tema y lo recupera; viene a decir que la Historia sí es maestra de la vida, «pero no en el sentido de la repetición de acontecimientos particulares, sino en el sentido de una ciencia del pronóstico que mida los márgenes de posibilidad de acontecimientos».

El tercer texto dice relación directamente con el pensamiento y la propia investigación de R. Koselleck. El cual hace referencia a sus ideas respecto al «acortamiento del tiempo y a la aceleración», y también acerca del futuro. Lo que Koselleck llama *el futuro ignoto y el arte de la prognosis*.

Es importante metodológicamente la distinción teórica que formula en su investigación y concreta en tres cursos temporales: «Las acciones a corto plazo»; «Los desarrollos que tienen lugar forzosamente a medio plazo»; «Las posibilidades derivadas o repetibles a largo plazo». Pero lo importante es su interrelación.

En el cuarto texto Koselleck se pregunta: «¿Existe una aceleración de la Historia?» La respuesta, en toda su complejidad, se encuentra en el propio texto del autor.

Por último, nos referimos textualmente al tema que el autor plantea en *Crítica y crisis. Un estudio de la patogénesis del mundo burgués*.

El texto en su integridad tiene ritmo y, a su vez, una explicitación muy cuestionadora en lo que se refiere a la concepción de la historia y de sus plurales significados. Así el texto pasa, de este modo, de:

- «la estructura política del absolutismo como premisa de la Ilustración»;
- «la autocomprensión de los ilustrados, como respuesta a su situación en el Estado absolutista»;
- «la crisis y filosofía de la historia, a varios aspectos que se refieren al análisis del término crisis».

Ya en la introducción formula Koselleck una tesis de sumo interés que dice: «la génesis de la utopía a partir de un nexo funcional determinado históricamente... constituye nuestro tema». En este texto expresa su propósito indagatorio de una forma sumamente clara.

Lo que le importa es descubrir lo «determinado históricamente». Ahora bien, desde esta perspectiva ¿cuál era la conciencia burguesa dentro del sistema absolutista del Estado? De todas formas no cabe duda de que «el hombre, en cuanto ser histórico, es siempre el responsable tanto por lo querido como por lo no querido, y aún por esto último... con más frecuencia, y mayor medida, que por lo primero». El tema de la responsabilidad es central en toda su obra. Por lo cual merece la pena tener presente este principio que establece con suma claridad la concepción de los procesos modernos de la historia. Dice: «el absolutismo condiciona la génesis de la Ilustración; y la Ilustración condiciona la génesis de la Revolución Francesa.



Entre estos dos principios se mueve, a grandes rasgos, el presente trabajo». Su propuesta es muy lúcida; nos permite entender el contenido concreto y novedoso de su investigación, que siempre va a requerir del análisis y referencia contextual socio-política y cultural.

Ya no es posible la existencia y difusión de conocimientos abstractos e intemporales. De esta manera, la crisis puede ser vista en singular y en plural; vinculada «a la experiencia cotidiana o como concepto histórico-teórico». También se puede llevar a cabo un análisis en tanto la diferenciación económica del concepto.

Conocer, entonces, es descubrir la intimidad de la historia, de sus tiempos y contextos. De este modo, podemos decir que la creatividad imaginativa, simbólica y material hunde sus raíces en la elaboración conceptual y en su historicidad. Koselleck nos ofrece ideas e hipótesis; pero, sobre todo, propuestas y proyectos para leer la historia como materia concreta de la experiencia habida en el tiempo.

## 1. Algunas ideas centrales de este número de la *Revista Anthropos*

Desde una visión muy panorámica podemos observar y destacar los siguientes temas que configuran el contenido espléndido de este volumen de la *Revista Anthropos*.

Ya en el apartado de «Percepción intelectual» podemos señalar algunas ideas muy fundamentales: *los nuevos horizontes de la historia intelectual* que marcan la obra de R. Koselleck y que se hallan más allá *del giro lingüístico*. Dada la cercanía de nuestros dos siguientes colaboradores, ambos se reafirman en la definición de una lección conmemorativa o bien, se detienen en aquello que constituye el *acontecer, experiencia y teoría de la historia*.

Es importante, en este momento, desentrañar el origen primero de su obra y pensamiento. Por otra parte, también la historia conceptual ha recibido su gran fundamento documental de los monumentos funerarios y todo aquello que ha constituido un ícono. Lo cual le ha servido para hacer una lectura novedosa de la historia de los conceptos. Por último, se cierra esta sección con una magnífica bibliografía muy selecta y en la que se hace referencia directamente a las traducciones más importantes.

El área «Argumento» parte de un texto básico del profesor R. Koselleck que constituye la introducción a su *Diccionario* histórico de conceptos político-sociales en lengua alemana. Se trata de un texto fundamental en el que se plantea con toda evidencia su teoría de la historia de los conceptos. El siguiente artículo expresa el contenido de uno de los grandes temas de su investigación: el tránsito metodológico *de los conceptos a las culturas políticas*, sus problemas y perspectivas. Se analiza, a continuación, un tema central: la experiencia del tiempo y la modernidad. ¿Por qué ello viene a constituir un tiempo nuevo?

Seguidamente, François Dosse elabora el estudio «Koselleck: entre semántica histórica y hermenéutica crítica», un tema que se precisa y desarrolla bajo la sombra y el magisterio de Gadamer. François Hartog se refiere a otro de los aspectos de su tarea investigativa bajo el título «Tiempo(s) e historia(s): de la historia universal a la historia global». Por último, Christian Nadeau hace referencia al encuentro de R. Koselleck con Quentin Skinner que le lleva a formular con toda claridad una de sus tesis más lúcidas: «La historia como construcción social y política».

En el apartado «Análisis temático» se plantean algunas cuestiones tangenciales respecto a la investigación central del autor, como son la historia de las historias del derecho natural en los siglos XVII y XVIII, la relación entre España y la Primera República a través de la prosa satírica. Un ejemplo todo ello de la relación de *lenguaje en imágenes*. Un nuevo aspecto es el que se refiere al siguiente artículo que dice relación con el concepto de transición en el socialismo español y pone en referencia las estrategias discursivas y la acción política. Finalmente, se trata el concepto de *opinión pública* durante el franquismo, el cual conduce a una reducción del *espacio público*.

El conjunto de las afrontaciones que aquí se elaboran y seleccionan, ofrece un amplio mapa de su *historia conceptual* que prima el contenido de su investigación.

Ante todo, queremos felicitar a su coordinador Juan María Sánchez-Prieto por su extraordinario trabajo y perspicacia intelectual, para seleccionar temas y colaboradores. Señalamos especialmente algunos textos. Inicialmente, merece al menos un breve comentario el que se considera el texto fundacional de la investigación de R. Koselleck. El profesor Luis Fernández Torres lleva a cabo una labor inapreciable de traducción y notas, referente a su versión al español «de uno de los textos metodológicos centrales de Reinhart Koselleck». Se refiere este autor al *Diccionario histórico de conceptos político-sociales*. Verifica una primera traducción «precisamente para corregir esa ausencia de la bibliografía en español del ilustre académico alemán».

El siguiente texto resume las motivaciones que guían el trabajo de su traducción: «En concreto, se trata de la Introducción al monumental diccionario de los conceptos políticos fundamentales que Reinhart Koselleck dirigió, en colaboración con Werner Conze y Otto Brunner, a lo largo de más de un cuarto de siglo. Un texto en el que ofrece una visión de la historia de los conceptos de una gran complejidad, lo que explica la densidad en algunos pasajes. Una lectura difícil, pero provechosa. Con esta traducción esperamos cumplir, por tanto, un doble objetivo: en primer lugar, el ya mencionado de contribuir a llenar esa laguna bibliográfica; y, en segundo, hacerlo de forma que el lector hispanohablante sea capaz no sólo de aprehender las ideas de Koselleck, sino de hacerlo en el lenguaje más próximo a su elaborada prosa, es decir, intentando en la medida de lo posible ser fieles al fondo y a la forma, a su pensamiento y expresión». Una síntesis magnífica y muy clarificadora en referencia a los principales temas que traspasan el pensamiento y la obra de Koselleck. De este modo, «El lenguaje social y político posee un buen número de conceptos-guía, palabras clave o lugares comunes. Algunos aparecen de repente y desaparecen rápidamente. Por el contrario, muchos conceptos fundamentales se han conservado desde su formación en la antigüedad y estructuran aún en la actualidad —si bien con un significado modificado— nuestro vocabulario político-social. Han aparecido nuevos conceptos, los antiguos se han transformado o han desaparecido. La diversidad de la experiencia histórica de tiempos pasados o presentes siempre se ha plasmado en conceptos en las distintas lenguas y en sus traducciones. Teniendo en cuenta la gran amplitud de esas fuentes, se ha realizado conscientemente una selección de conceptos en el presente lexicón».

El contenido de este artículo de Koselleck se refiere a los siguientes temas que analiza detalladamente:

- *El objetivo del lexicón*. Dice referencia a los conceptos históricos fundamentales.
- *El objeto principal de la investigación* es «la disolución del mundo antiguo y el surgimiento del moderno a través de la historia de su aprehensión conceptual».
- *El método* lo desarrolla en su artículo ampliamente.
- *Las fuentes* de las que hace un detallado análisis.

Se trata, pues, de un artículo muy exigente, científicamente riguroso y programático; pero, a su vez, sumamente clarificador. Un artículo extraordinariamente sólido y fundacional de su teoría.

Quisiera ahora hacer una breve referencia a dos artículos que ha elaborado el coordinador de este número Juan María Sánchez-Prieto. El contexto de discusiones y debates existentes en el ámbito de la historia y de la historiografía, la obra y personalidad investigadora de Koselleck adquieren cada día más una mayor consistencia. Y así se presenta como el principal valedor «de un campo de estudio que va más allá de una historia social de las ideas, al favorecer una nueva comprensión de la historicidad de los conceptos y de los discursos, y aun de la propia tematización histórica del tiempo, que se antoja imprescindible para la misma explicación de las transformaciones sociales y políticas de la modernidad. Su fallecimiento reciente no hará sino aumentar su consideración como uno de los grandes historiadores del siglo XX». Su análisis se detiene en la relación ideativa existente entre sociología y filosofía; el apogeo y declive de la historia social; en los límites del giro lingüístico y en su historia intelectual; en el significado del giro *crítico*, lo cual constituye un verdadero giro cultural y, todo ello más allá del giro lingüístico. Lo cual configura *el momento Koselleck*. En este conjunto de aspectos y temas su obra destaca por su originalidad y se revaloriza enor-

memente. Igualmente Koselleck «facilita un tiempo de síntesis en el historia intelectual». Y así, este autor, «ha señalado un camino que se antoja fructífero no únicamente para la historia intelectual. Su atención al lenguaje y a la historicidad de los conceptos, introduciendo la clave del tiempo para alcanzar su verdadero significado, una historización sin historicismo, no prescinde de la dimensión colectiva y operativa de la cultura [...] No trata de forjar tipos ideales para la mejor comprensión histórica, sino de comprender históricamente los conceptos para mejorar nuestra propia formulación de la sociedad y del tiempo. Pero al mismo tiempo no se renuncia a las posibilidades heurísticas del enfoque durkheimiano, a su capacidad de elevarse sobre el espacio social, lo que permite al observador/investigador dirigir su mirada crítica sobre el orden social global. La obra de Koselleck traduce una fecunda combinación de las tradiciones de Durkheim y Weber, muy prometedora para la pacificación del conflicto histórico entre la historia intelectual y la historia social». No cabe duda que «su pensamiento luminoso será el mejor faro para nuestro propio recorrido intelectual».

Un artículo muy bien elaborado y coherente. Abre el autor múltiples horizontes para enriquecer la vida intelectual del historiador y del filósofo.

El segundo artículo que Juan María Sánchez-Prieto aporta a este número de la *Revista Anthropos* se titula: «De los conceptos a las culturas políticas. Perspectivas, problemas y métodos». Lo que este autor deja inicialmente muy claro es que «la historia de los conceptos... no tiene un fin en sí misma». Igualmente interesante es percibir la importancia de que la historia de los conceptos comparta una «pluralidad de enfoques». «El estudio de los conceptos debe atender en el tiempo a los distintos ámbitos sociales en que se producen, circulan y son utilizados. De los conceptos a las culturas políticas se antoja como un itinerario, con múltiples ramificaciones, particularmente sugerente en el horizonte de la historiografía pos-giro lingüístico, pero no por eso exento de problemas o incertidumbres, como sucede con cualquier movimiento arriesgado». Y así Koselleck viene a caracterizar «con cuatro notas la profunda mutación del universo conceptual en los umbrales de la contemporaneidad: democratización, temporalización, ideologización y politización». Y de este modo, se pueden considerar «algunos aspectos de la problemática de la cultura política que permiten apreciar mejor no sólo las aportaciones de Koselleck, sino las cercanías y distancias existentes al respecto dentro de la historia intelectual, lo que podrá enriquecer la perspectiva, evitar algunos problemas y renovar los métodos. No es suficiente con salir de los conceptos básicos (en la acepción de Foucault, a quien se asemeja en esto Koselleck), para abrirse a los discursos y las ideologías (o a los lenguajes políticos según el enfoque anglosajón de la escuela de Cambridge). Se hace necesario ensanchar el campo de análisis, atender a las modalidades no lingüísticas del discurso, y salir del modelo puramente semiótico para enlazar con las prácticas culturales y políticas».

Indicamos aquellos temas que el autor analiza en referencia a la obra de Koselleck: —El concepto de ideología; ¿ideología o cultura política? —La aproximación francesa a la cultura política. —Algunos problemas. —El nudo del imaginario.

Este número de la *Revista Anthropos* ofrece una visión de conjunto acerca de las principales ideas y temas que conforman la investigación de Reinhart Koselleck. Todo ello nos invita a una lectura detenida y crítica.

## 2. Breve selección de comentarios a la obra e investigación de Reinhart Koselleck, desde la perspectiva cultural y del pensamiento del área hispana

Julio A. Pardos hace la revisión de la traducción de su importante obra *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*.

Nos ofrece, a su vez, una «nota preliminar» de la que destacamos los siguientes comentarios:

En lo que tiene de formalidad académica, *Kritik und Krise* es el resultado de una andadura que arranca del año 1947. Entonces, y con 24 años, Reinhart Koselleck inicia estudios universitarios en Heidelberg: Historia, Filosofía, Derecho público y Sociología. Y tras una estancia en

Bristol, remata esa trayectoria académica con el ejercicio obligado, una tesis leída en noviembre de 1954 en la Universidad de Heidelberg cuyo título reza: *Kritik und Krise. Eine Untersuchung der politischen Funktion des dualistischen Weltbildes im 18. Jahrhundert*. Por lo menos el subtítulo ya apunta que se trata de algo más que de una formalidad meramente académica. [...]

Koselleck retornaba a una Alemania cuya libertad, ruina y tutela, todas tres, aguijoneaban una meditación coral acerca de la «catástrofe»: acerca de las condiciones del plano inclinado por el que Adrián-Alemania se había precipitado hacia «lo demoníaco y contrario a razón», hasta «el cumplimiento de un oneroso contrato de enajenación». Koselleck convertiría la andadura académica iniciada en 1947 en una modulación crucial de esa meditación coral, al situar precisamente el corazón de tanta tiniebla en el siglo de la *Aufklärung*. [...]

El texto de Koselleck adopta entonces la fisonomía de una nota desmesurada y arcana a una nota al pie fugaz y famosa: la que caracterizaba a la época, en la primera edición de la primera *Crítica* kantiana, como «propiamente la era de la Crítica». Los círculos concéntricos que autores *no alemanes* dibujan desde este centro... son sólo eso: espejos desde los que reflejar luz sobre el problema acuciosamente *alemán* de una Ilustración políticamente indigente. La imagen al vitriolo de Madame de Staël valdría como perfecto resumen: «Los eruditos alemanes se disputan, unos a otros, con gran viveza, el terreno de las teorías, no tolerando en este ámbito ni atadura ni mordaza; sin embargo, dejan con gran ligereza toda la realidad de la vida en manos de los poderosos». En esa progresión de círculos concéntricos, Locke o Paine, como no ha dejado de reconocer Koselleck más tarde, encajan sólo como dispositivos con los que afilar un *tipo ideal*, referido a la Ilustración *alemana*» [Julio A. Pardos en R. Koselleck, *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Trotta, Madrid, 2007, pp. 11-12, 13].

Los textos nos muestran su primera andadura académica; su retorno a Alemania; los primeros inicios de su indagación y el correspondiente debate con su entorno social e intelectual.

Otro de los escritos que aparece en nuestro medio intelectual es el que hace referencia a *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, y cuya traducción se debe al profesor Daniel Innerarity. Por otra parte, Elías José Palti lleva a cabo, para esta obra, una interesante «introducción» y situación cognitiva del tema. Se refiere en su texto este autor a las siguientes áreas de su interés: conceptos, neokantismo y experiencia; tiempo y modernidad; la modernidad y los límites de la razón.

Nos parecen oportunas las siguientes citas como ilustración del texto original de R. Koselleck. Ya él había establecido en 1967 «las pautas fundamentales que habrían de presidir la confección» de sus diccionarios. «Los que aquí se presentan son textos teóricos más recientes de este autor, en los que plasma la formulación más sistemática hasta hoy de su *Historik*. En ellos retoma su proyecto original de una *crítica de la razón histórica*, reformulándolo parcialmente. Las páginas que siguen intentan ofrecer al lector el marco conceptual en el que cabe inscribir dichos textos, trazar el horizonte más general de ideas y problemáticas sobre el que pivota su obra historiográfica y permiten, en fin, comprender el sentido y objeto de sus reelaboraciones últimas».

El proyecto de «analizar las condiciones de posibilidad de las historias» guarda aún los ecos de las ideas dominantes en el ámbito académico alemán en los años de su formación, fuertemente impregnadas de neokantismo. El término, de hecho, remite a Wilhelm Dilthey, quien a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX se propuso completar la tarea iniciada por Kant mediante una *crítica de la razón histórica*. En el lugar de la pregunta sobre cómo son posibles los juicios sintéticos *a priori* encontraremos ahora la de «cómo es posible un saber universalmente válido del mundo histórico a base de esto dado». Dicha reformulación del concepto kantiano supone una serie de desplazamientos fundamentales, los que derivan de la naturaleza particular de su objeto. La *revolución copernicana* en las ciencias del espíritu se traduciría en lograr justificar cómo es posible fijar en conceptos estáticos y recurrentes lo que es por esencia movilidad y cambio permanente. «Los conceptos de las ciencias del espíritu —aseguraba Dilthey— resultan representaciones de algo en marcha, fijaciones en el pensamiento de aquello que es, por sí mismo, transcurso o dirección de movimiento» [R. Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001, p. 11].

Indudablemente, que «el carácter creativo de la historia supone ganancias, pero también pérdidas».

El proyecto de una *historia de los conceptos* de Koselleck retoma el proyecto diltheyano, aunque tamizado ya por el *giro lingüístico* que produce uno de sus maestros, Hans-George Gadamer. Como afirma éste en uno de los ensayos que integran *Verdad y método...*, *La historia del concepto como filosofía* (1970), el lenguaje “es la primera interpretación global del mundo... el mundo es siempre un mundo interpretado en el lenguaje”. Este mismo postulado subtiende a la distinción que establece Koselleck entre historia de *ideas o palabras* e historia de *conceptos*. [...]

En primer lugar, aparece la idea de Historia como colectivo singular, como un *sistema* que engloba y unifica a las *historias* particulares. Como muestra Koselleck, la singularización de la *Historia* fue contemporánea a la de otros conceptos histórico-políticos, como los de *Libertad* (que tomó el lugar de las *libertades*), *Justicia* (que reemplaza en el vocabulario de la época a los *derechos*), *Revolución* (que desplazó la idea de *revoluciones*), etc. La *Historia* (con mayúsculas) se convierte entonces en un concepto reflexivo, en sujeto y objeto de sí misma (un *en sí y para sí*).

En segundo lugar, en la medida en que el tiempo histórico se vuelve irreversible y creativo, es decir, que cobra la cualidad de generar experiencia, hace que ésta, aplicada retrospectivamente, nos permita ver el pasado siempre de un modo distinto y renovado. Surge entonces la idea de la relatividad en la historia. El mismo *progreso* hace que los valores y principios con los que juzgamos el pasado se modifiquen necesariamente con el tiempo.

En tercer lugar, la temporalización de la historia permitió ubicar en un orden secuencial la diversidad cultural que la expansión ultramarina había revelado, situar diacrónicamente aquello que aparece sincrónicamente. [...]

Finalmente, la quiebra del antiguo modelo de la *historia magistra vitae* obliga al pensamiento histórico a replegarse sobre sí mismo [*ibídem*, pp. 14, 21].

De esta manera, muestra Koselleck en estos escritos la potencialidad de la «historia de los conceptos», como proyecto investigativo y novedoso. Debido a lo cual se pueden «iluminar fenómenos y procesos históricos de larga duración». Y así la modernidad nace —según Koselleck— como «una forma de experimentar la temporalidad» y la vivencia del cambio histórico, esto es, «los acontecimientos suelen frustrar las expectativas». En síntesis,

Koselleck diseña aquí el esquema fundamental de su concepto de una *Theorie der Geschichte* o *Historik* tratando de integrar ambos niveles que, según afirma, la constituyen, esto es, intenta reconstruir los modos de enlace de los acontecimientos a partir de las formas de su representación e, inversamente, explicar las formas de la representación histórica a partir de los vínculos efectivos entre los acontecimientos cuyo soporte último se encontraría en determinaciones antropológicas objetivas. La *Historik* se convierte así en una metahistoria. Mediante esta integración, Koselleck cristaliza su proyecto de crítica de las proyecciones utópicas. La posibilidad de generalización en la historia no presupone ni revela ya para él ningún contenido normativo, sino que representa sólo los moldes dentro de los cuales valores, normas y actitudes pueden eventualmente articularse. En definitiva, con este *giro antropológico*, que lo devuelve a cierta ortodoxia kantiana, sólo llevaría a su conclusión la empresa diltheyana de una crítica de la razón histórica, es decir, el proyecto de definir las condiciones trascendentales de posibilidad del discurso histórico como tal, lo que supone cierta estabilidad formal transhistórica, salvando al mismo tiempo, la noción de contingencia, la posibilidad de lo imprevisible, sin lo cual, para él, no habría propiamente historia [*ibídem*, pp. 31-32].

Otro de los textos que llega hasta nosotros es *historia/Historia*, cuya traducción y notas son del profesor Antonio Gómez Ramos, así como la «introducción» que desarrolla con el siguiente título: «Koselleck y la *Begriffsgeschichte*. Cuando el lenguaje se corta con la historia».

La lucha social es también una lucha por el concepto correcto, una suerte de guerra civil semántica, tanto más decisiva cuanto que un concepto «agavilla la multiplicidad de la experiencia histórica y toda una suma de referencias objetivas teóricas y prácticas, estableciendo

entre ellos una conexión que sólo por el concepto se da y sólo por el concepto se experimenta realmente». [...]

Lo específicamente moderno de estos conceptos está constituido, a juicio de Koselleck, por cuatro rasgos que adquieren todos ellos dentro de este período y que los distinguen de todos los procesos históricos anteriores. 1) Por un lado, tiene lugar una temporalización (*Verzeitlichung*) de las categorías socio-políticas, que quedan insertadas dentro de una u otra filosofía de la historia por la que todo el acontecer humano se clasifica en períodos, fases o estadios de desarrollo. La historia queda periodizada, casi siempre con carácter teleológico. Así, muchos *topoi* tradicionales —«república», por ejemplo, o la misma «historia»— adquieren una carga casi emocional de expectativa, de algo por llegar. 2) Democratización (*Demokratisierung*), por la que el vocabulario social y político, antes restringido a ciertas elites, se universaliza. A partir de la Ilustración y de los cambios políticos que siguieron a la Revolución francesa, especialmente, con el nacimiento de la opinión pública, crecen las audiencias y los usuarios del lenguaje político. Y se difuminan también, ciertamente, los significados. 3) Los conceptos se hacen susceptibles de ser utilizados ideológicamente, se hacen ideologizables (*ideologisierbar*). Incorporados en ideologías políticas, adquieren mayor grado de abstracción, y lo que en el Antiguo Régimen era más bien particular y referido a contextos sociales concretos, como las libertades de los habitantes de las ciudades (*Bürger*), se convierte en un singular colectivo y abstracto para su uso en la interpretación de las situaciones políticas: la Libertad. 4) Politización (*Politisierung*). La pluralización de la sociedad y la universalización de la política, más la indefinición que han ganado los conceptos, los convierte en susceptibles de ser usados en la lucha política, a modo de eslóganes a los que se apela, o de pares contrapuestos con los que se definen los bandos. «Revolucionario» y «reaccionario», «demócrata», y «aristócrata», están a disposición de todo el mundo, y permiten identificarse a sí mismo y al adversario. [...]

El concepto histórico fundamental que es *historia* es, además, el concepto moderno por excelencia. Nace a finales del siglo XVIII, se convierte enseguida en el concepto regulativo de todas las experiencias pasadas y futuras, reúne con más intensidad que cualquier otro los cuatro rasgos de temporalización, ideología, politización y democratización que hemos señalado más arriba. Contar historias, la capacidad de narrar, por supuesto, es un ingrediente constitutivo de la sociabilidad humana, que aparece en cualquier época y en cualquier cultura. Sólo por ellas el tiempo se hace lenguaje, se hace enunciable y vivible. Pero esas historias no son todavía concepto. Éste, entendido como *historia en sí*, *historia sin más*, nace poco antes de la Revolución francesa, y ascenderá durante todo el tiempo al que se refieren los *Geschichtliche Grundbegriffe*, como marco de referencia, además, de todos los demás conceptos socio-políticos [Antonio Gómez Ramos en R. Koselleck, *historia/Historia*, Trotta, Madrid, 2004, pp. 15-16, 17-18, 21].

El siguiente texto es de autoría compartida de Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer. *Historia y hermenéutica*. Cada autor desarrolla sus temas específicos, e igualmente establecen un diálogo y controversia. La «introducción» que elaboran los profesores José Luis Villacañas y Faustino Oncina, es de una extraordinaria claridad y de un preciso análisis y lectura transformadora del texto original.

Ambos autores estudian los siguientes temas muy bien estructurados en los que nos ofrecen un análisis integral de las principales cuestiones de la obra de Gadamer y Koselleck. En un primer apartado se refieren a la relación entre historia conceptual y filosófica, con sumo detalle y análisis: la historia tradicional de los conceptos; historia de metáforas y de mitos; la historia del concepto. En un segundo momento lógico hacen referencia a la *historia conceptual* y a la historiografía más allá de la hermenéutica y de la historia de las ideas. Lo cual les ha llevado al análisis de una historia conceptual. Definen su tema de investigación de la forma siguiente:

Los conceptos son registros de la realidad y, a la vez, factores de cambio de la propia realidad. Con los conceptos se establece tanto el horizonte de la experiencia posible como los límites de ésta. Por eso la historia de los conceptos puede suministrar conocimientos que no se pueden extraer del análisis de la propia situación fáctica. La atalaya que construye permite divisar una dimensión de la realidad social —posición ante ésta, expectativas de futuro— que no se nos abre desde el mero contexto [José Luis Villacañas y Faustino Oncina, en R. Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Paidós, Barcelona, 2006, p. 21].

Otro aspecto se refiere a Historia conceptual frente a la historia de las ideas; esto es, historia frente a hermenéutica.

R. Koselleck ha dirigido su mirada a la modernidad. Mientras que Gadamer se siente dispuesto a utilizar la historia conceptual como un proceder relevante para revitalizar el propio discurso de la filosofía, Koselleck, cuya obra fundamental se acredita en el campo de la historia social, pretende utilizar aquella disciplina como un procedimiento auxiliar de la investigación histórica y, en cierto modo, de la ciencia social. Lejos de la compleja mediación weberiana, que recurría a la historia comparativa para definir las herramientas ideales típicas de la sociología comprensiva, la historia conceptual diluye estas mismas categorías en su uso, para mostrar finalmente la imposibilidad de una pretendida objetividad categorial en las ciencias sociales. Lo que a la postre resulta es una apreciación nietzscheana: las categorías se comprenden cuando se pregunta quién las emplea. [...]

Koselleck avanza hacia el reconocimiento de la heterogeneidad de los tiempos históricos que atraviesan la comprensión misma de la historia. La forma en que los hombres viven la historia y la cuentan depende de la forma en que comprenden el tiempo. Ha cambiado al hilo de la propia experiencia, desde el tiempo cíclico que entregó su rasgo central a la intelección clásica del mundo —cifrada en la sentencia *historia magistra vitae*—, hasta el tiempo acelerado de la contemporaneidad, pasando por el más uniforme de la modernidad. [...]

Quizá la clave última reside en una doble comprensión de la praxis: mientras que en la hermenéutica ella busca concretarse en la idea de aplicación del sentido, en la Histórica se apunta a la intervención en el mundo, a la producción de efectos responsables de naturaleza política. Luego en la actitud frente al texto se halla la piedra de toque de ambas. El proceder de los juristas, teólogos y filólogos —la alcurnia de la hermenéutica— coincide en atribuirle al texto una posición prístina e irrebalsable. El historiador, en cambio, se sirve de los textos sólo como testimonios, para averiguar a partir de ellos una realidad que late en su trasfondo y que, al fin y al cabo, también pretende transformar con su intervención. La Histórica, a diferencia de los exégetas, siempre tiene en cuenta un estado de cosas extratextual, aun cuando constituye su realidad sólo con rudimentos lingüísticos. La doble naturaleza de los conceptos, como índices y factores de la experiencia histórica, encuentra aquí su dimensión hermenéutico-práctica [*ibídem*, pp. 27, 28, 29-30].

En el tercer ámbito de referencia elaboran, los autores de esta introducción, un tema muy fundamental de la teoría investigativa de R. Koselleck: «Problemas filosóficos de una historia conceptual: relaciones entre historia conceptual, historia social y semántica histórica». A los cuales se refieren en los siguientes matices temáticos: historia social y filosofía del presente; conceptos; premisas teóricas: la crítica de Luhmann; la disponibilidad de la historia; estructuras y conceptos semánticos; disponibilidad de los conceptos y su crítica; reflexividad de la historia conceptual y el problema del tiempo histórico. «La Histórica, empero, está necesitada, para suministrar las mencionadas premisas, de un sólido complemento: una teoría de la acción social, una teoría de las esferas de acción. La insuperable necesidad de la pluralidad de esferas de acción constituye una exigencia de la finitud y de la historicidad del sentido. Mas estos complementos sistemáticos exceden nuestro propósito aquí. Sólo queremos bosquejarlos para subrayar lo arduo del trabajo que inspira la obra de Koselleck». Finalmente, la estructura del tiempo histórico y sus metamorfosis. «El tiempo histórico —la determinación de la diferencia entre el pasado y el futuro (o, sobre el plano antropológico, entre experiencia y expectativa)— es una estructura trascendental tanto de la existencia histórica como de la escritura de la historia. Las fuentes abordan situaciones históricas concretas, pero ninguna habla del problema del tiempo histórico. Ésta es más bien la plataforma desde la que hablamos de las fuentes o desde la que actuamos, y en este sentido alberga una dimensión trascendental de la ciencia histórica y de la historicidad. Pero igualmente de la existencia histórica, en la medida en que esa diferencia entre pasado y futuro determina la forma del presente, la forma de existir en el tiempo como paciente y agente, la forma de la finitud humana. Aquí está la clave de la disponibilidad limitada de la historia. Aquí rozamos la clave de la doble dimensión de los conceptos». En resumen,

Koselleck dice que «tras la singularización de la historia, tras su temporalización, tras su supremacía ineluctable y su producibilidad... se anuncia un cambio de experiencia que domina nuestra modernidad». «La *Historie* perdió por ello su finalidad de influir directamente sobre la vida...» El historicismo sólo puede apelar a la historia como pasado, y así elimina la posibilidad de la historia como ciencia histórico-práctica: «La crisis del historicismo coincide siempre con el historicismo mismo...» En la medida en que la *Histórica* quiere escapar al par revolución-reacción, también obligará a rediseñar el mapa de las filiaciones políticas. De hecho, la semántica histórica se coloca al final de las ilusiones de la modernidad. Si hay alguna definición precisa de la postmodernidad, habría que adscribirla a Koselleck, pues sólo él ha pujado por alterar seriamente el sentido de los trascendentales del tiempo histórico propio de la modernidad [*ibidem*, pp. 51-52].

Por último, igualmente importante y clarificador del proceso investigativo de R. Koselleck, es el texto que se refiere a *Aceleración, prognosis y secularización*, con traducción, introducción y notas del profesor Faustino Oncina Coves. El texto introductorio lo titula su autor: «La modernidad velocífera y el conjuro de la secularización». La secuencia de los temas que desarrolla es la siguiente: el ave fénix de la secularización y la historia de un concepto; apocalipsis de la modernidad acelerada y prognosis *magistra vitae*.

Seleccionamos los siguientes textos y comentarios:

Este doble vector teórico-práctico, pasado-futuro, diagnóstico-pronóstico, ya deja entrever una capa epistemológicamente más profunda: la historia conceptual presupone la *Histórica*, una doctrina trascendental de la historia que se erige preeminentemente sobre una teoría del tiempo, o mejor dicho, de los estratos del tiempo. La tabla categorial de pares antitéticos (tener que morir/poder matar, amigo/enemigo, interior/exterior, antes/después, arriba/abajo) de su antropología de la experiencia histórica tiene, tributaria a medias de su matriz hermenéutica, un momento de aplicación que va allende lo estrictamente gadameriano: la voluntad de corregir el rumbo de la modernidad, tras cronometrar sus ritmos y auscultar arritmias. El diagnóstico es contundente por la inapelabilidad de los síntomas: una nueva barbarie, la pandemia de la prisa, aqueja a nuestra civilización, y la terapia requiere un exorcismo de Casandra y Clío al alimón... Los textos traducidos se encuadran en la polémica en torno a este tema, en la que se enzarzan figuras caras a Koselleck: K. Löwith y C. Schmitt (aliados *contra natura*), por un lado, y H. Blumenberg, por otro. [...]

Con las herramientas de la historia conceptual y con la vista puesta en la *Histórica*, Koselleck se apresta a ponderar la relevancia del factor tiempo en la configuración de la modernidad. En la *Introducción* al diccionario *Conceptos históricos fundamentales* espiga la convicción de que todavía hoy somos la herencia de la cosmovisión gestada en el parto de una centuria, haciendo de nuestro presente, de nosotros, los coetáneos de la *Sattelzeit*. En el arco temporal que va de 1750 a 1850 se acuñan significaciones que ya no necesitan de una ulterior traducción para que las entendamos aquí y ahora, pues perfilan nuestras señas de identidad semántica y engrosan nuestra autoconciencia sociopolítica. [...]

La historia conceptual no se limita a ofrecer un diagnóstico, sino que también brinda un pronóstico, o mejor dicho, un propósito de enmienda que exhorta a una cauterización de la modernidad que ataje sus patologías. La vorágine de nuestra era hace que nos sintamos ofuscados y obsoletos, anacronismos vivientes (según su maestro Gadamer), ante un futuro avasallador. En esta edad veloz somos ya seres póstumos ansiosos cáusticamente de una nueva vida plena a la que también llegaremos tarde apenas la inauguraremos. Koselleck quiere contrarrestar los reclamos del progreso, neutralizar el poder de fascinación de la utopía negativa, recuperando la historia como *magistra vitae*, avanzando sobre suelo firme y sin el apremio de pisar el acelerador para penetrar en un trasmundo virtual *ignoto*. Quiere, prudentemente, amortiguar el curso frenético de nuestra civilización, el ritmo trepidante de hoy. Contra la ilusión de la autodeterminación subjetiva y la correspondiente disponibilidad absoluta de la historia, el énfasis en los condicionamientos impermeables a los agentes. Frente al acontecimiento instantáneo y fugaz, la estabilidad y la duración de estructura. Frente al furor ilustrado de la aceleración y el terror revolucionario de la innovación, el principio hermenéutico de la conservación y de la responsabilidad homeostática. Frente al determinismo objetivo (también bajo el palio del tradicionalismo, esto es, de la presión y la auto-



ridad de lo heredado), el valor incancelable del azar. Frente al esnobismo y la ruptura radical, la lenta maduración de lo transmitido y la continuidad de la historia efectual. [...]

Una de las tesis fuertes de Koselleck afirma la catálisis de la historia por la Ilustración, en cuyo cenit se desboca el futurocentrismo típico de nuestra contemporaneidad. No aspira a zanjar la polémica sobre el momento en que se franquea el umbral de la modernidad y si se remonta ya a la Reforma. Más bien lo que se propone es constatar *genéricamente* en un amplio período la presencia de ese criterio de temporalización para desentrañar la diferencia *específica*. Dicho toscamente, tanto Lutero como Robespierre hablan de la reducción del lapso que los separa del ocaso de la Babilonia papal o del Antiguo Régimen, del fin del mundo y del alumbramiento de uno nuevo (llámese reino de Dios o de la virtud). Pero mientras que el acortamiento apocalíptico del tiempo es una gracia divina, la aceleración revolucionaria es una tarea humana. [...]

La «historia conceptual» aún no se ha atrevido a entablar una discusión sobre su proceso de autoconstitución; no ha querido someterlo a una crítica en sentido kantiano. La estructura en la que emerge se ha revelado como un estigma que lastra sus resultados y despierta suspiros por un éxito soberbio sin voluntad de autocritica. Estamos asistiendo al lastimoso espectáculo de desenmascaramiento ideológico de sus pioneros, y ello por no prestar oídos en su literalidad a su propia recomendación: *Historia magistra vitae* [Faustino Oncina Coves, en R. Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización, op. cit.*, pp. 17, 19, 23-24, 27-28, 33].

Un proceso ampliamente compresivo de sus principales temas, de su investigación y propuestas de debates.

Otras referencias y comentarios pueden encontrarse en *Revista de Occidente*, en *Isegoría*, *Revista de Filosofía moral y política* y en la *Red*. Con todo, nada como enfrentarse a sus textos en su lengua original.

## Conclusión

Nos parece éste un número muy bien elaborado y selectivo en cuanto al conjunto de aspectos que se desarrollan en sus páginas. Sólo nos queda invitar a su lectura para tener el privilegio de abrirse a otros horizontes intelectuales y novedosos, más allá del lenguaje y de una idea de investigación determinista y única de acuerdo con su formulación dogmática.

Concluimos con unos pensamientos de R. Koselleck como testimonio de su empresa intelectual: «La historia de los conceptos tiene como tema la convergencia de concepto e historia». Importa resaltar su lema: *historia de los conceptos*. Su proyecto ha sido, indudablemente, «analizar las condiciones de posibilidad de las historias».

Finalmente, nos parece de cierto interés recoger aquí su definición de la historia:

Cuando hoy día hablamos de *historia*, utilizamos una expresión cuyo contenido y extensión semánticos no se alcanzaron antes del último tercio del siglo XVIII. *La historia* es un concepto moderno que, a pesar de que prolonga antiguos significados de vocablo, viene a ser casi como un neologismo. En lo que se refiere a la historia del término, el concepto surge después de dos dilatados procesos que terminan convergiendo para revelar un campo de experiencias que no se podía haber formulado anteriormente. El primero de los procesos consiste en la formación del colectivo singular que aglutina en un concepto común la suma de las historias individuales. El segundo, en la fusión de *historia* como conexión de acontecimientos y de *Historia* en el sentido de indagación histórica, ciencia o relato de la historia [Reinhart Koselleck, *historia/Historia, op. cit.*, p. 27].

El quehacer intelectual de Koselleck constituye un proyecto vital que encierra e implica una obra abierta a la comprensión y al cambio que exigen las novedades de la investigación. Leer o interpretar el mundo constituye la tarea definitiva del ser humano.